



ANT  
XIX  
985

R 31880

DISCURSOS  
LEÍDOS ANTE LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

D. JACINTO OCTAVIO PICÓN

EL DÍA 24 DE JUNIO DE 1900



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Calle de la Libertad, núm. 29

1900





DISCURSO

DE

D. JACINTO OCTAVIO PICÓN



## SEÑORES ACADÉMICOS:

Si los autores de obras inmortales, que entraron aquí por derecho propio, debieron de sentirse, llegado este momento, poseídos de medroso respeto, pensad cuál será la turbación de quien sabe que viene sólo en virtud de vuestra benevolencia. Nada de lo poco que he escrito es bastante á explicar, y menos á justificar, la honra que me hacéis; debo creer que ha obedecido á esa noble tolerancia con que las corporaciones insignes llaman por excepción á su seno, no á los individuos que lo merecen sino á las medianías bien intencionadas en quienes antes se recompensa el entusiasmo y la rectitud en el trabajo que el don precioso del acierto.

No quiero rebuscar palabras para encareceros mi gratitud: os la demostraré considerándome siempre, sinceramente, el último de vosotros en entendimiento y saber; procurando igualarme al primero en la entereza para defender y cumplir los mandatos de la conciencia.

Como en las convulsiones de la tierra puede quedar un hilo de agua donde hubo un río caudaloso, así vengo yo á suceder, no á remplazar, á Emilio Castelar; propagandista

político, catedrático, historiador, literato, estadista y príncipe de nuestros oradores, que desde la humildad de su origen, sin que la herencia le predestinara ni con la fuerza se impusiese, por voto de la Nación reunida en Cortes soberanas, llegó á la más alta magistratura de la República; cuyas facultades y acciones fueron, á causa de la turbación de los tiempos, apreciadas siempre con tal intensidad de sentimientos que admirado ó combatido sin medida, nadie le juzgó serenamente; triste y glorioso privilegio de grandes hombres: excitar tanto las pasiones de sus conciudadanos que el amor y el odio dilatando la justicia dejan á la posteridad la condenación de sus errores y la exaltación de sus virtudes.

Es aquí noble tradición, no seco precepto reglamentario, que nadie se siente entre vosotros sin dedicar un recuerdo á su predecesor: dulce y piadosa costumbre con que enseñáis al recién llegado dos grandes excelencias morales; el agradecimiento y la imparcialidad: porque si el vivo participa de las ideas del muerto y de ellas recibió beneficio su inteligencia, le abris campo para que lo proclame reconocido, y si era de escuela contraria le brindáis ocasión en que se muestre tolerante. Mas cuando el antecesor de quien ha de dirigiros la palabra perteneció á esa raza de ingenios privilegiados que dejan rastro luminoso en la Historia, entonces, permitís á vuestro nuevo compañero que consagre al que ya no existe en vez de un breve recuerdo un estudio donde, aunque rápidamente, se refleje su vida, para que viniendo el testimonio de las obras en apoyo de las afirmaciones no pueda parecer el elogio hijo del afecto ni sea la censura prolongación de la rivalidad. Así el ilustre D. Rafael María Baralt y el insigne D. Leopoldo Augusto de Cueto dedicaron íntegros sus discursos, el primero, á Do-

noso-Cortés, el segundo á Quintana. Dejadme que dedique el mío á Emilio Castelar: no me ajusto á vulgares precedentes de fórmula; imito un alto ejemplo de justicia; porque el mismo homenaje, por lo menos, que aquellos tributaron con vuestro beneplácito al gran polemista católico y al cantor excelso de la imprenta, se debe al tribuno de la libertad.

Dos consideraciones dificultan mi propósito: una, que Castelar está demasiado cerca de nosotros para que podamos juzgarle fríamente; otra, que habiendo sido, ante todo y sobre todo, político, sus acciones como tal son ajenas á la índole de este instituto. El segundo de ambos obstáculos queda disminuído con el recuerdo de vuestra amplitud de criterio en ocasiones análogas á la presente: mas el primero es punto menos que insuperable; pues si tratándose de personajes de tiempos remotos, ya nuestro total concepto de la vida, ya ideas secundarias y hasta meros prejuicios bastardean ó frustran el deseo de imparcialidad; si las figuras de gobernantes ó revolucionarios que se esfuman en las lejanías de la Historia excitan nuestras pasiones; si á modificar el retrato moral que de ellas nos hemos forjado no basta la luz que proyectan cuantos papeles halla la diligencia en los archivos, y comenta la perspicacia en los libros, porque el hombre al defender lo que ama y combatir lo que aborrece, lo ensalza ó condena hasta en sus representantes más antiguos, ¿cómo podríamos apreciar con libre criterio la doctrina, predicación y conducta de aquel á quien ayer unos aclamábamos por guía y otros rechazaban por perturbador? Los que defienden la legitimidad ó conveniencia de los poderes tradicionales no sabrían quizá perdonarle que contribuyó á derribarlos; los que deseamos ver triunfante el ideal

que defendió, acaso nos doliésemos de que aplazó la victoria; mas lo que todos hemos de confesar, el tributo de inexcusable imparcialidad á que tiene derecho su memoria, consiste en que amigos y adversarios reconozcamos la pureza de sus intenciones, la rectitud de su proceder, el maravilloso conjunto de facultades con que le favoreció la Naturaleza, y aquel hondo amor á la Patria, que á raíz de nuestras derrotas le hizo exclamar en una de las últimas cartas que escribió: «*Muerto de la agonía de España*».

La política es ajena á vuestras tareas; pero hasta donde puede serlo para hombres consagrados al estudio y conservación del idioma, que es la más propia y noble expresión de la nacionalidad: los afectos é intereses de partido, lo personal, egoísta, utilitario y bajo de la política debe estar y está de aquí proscrito; mas sería empeño ilusorio imaginar que cabe prescindir de las ideas; es imposible; y así lo han previsto las leyes á cuya formación contribuís según precepto constitucional, enviando un senador á las Cortes; por donde claramente nos persuadimos de que no hay, ni puede haber en las sociedades modernas, organismo que deba permanecer en absoluto extraño á la política, tomada en su más alto sentido la palabra. Todo está y todos vivimos sometidos á la política; aunque no queramos nos envuelve como la atmósfera, respirarla es condición de nuestra existencia, y cuando se vicia, el deber nos manda y la necesidad nos obliga á que procuremos su purificación. Aunque el hombre, por mal entendido egoísmo y bajeza de espíritu, renuncie á la dignidad de ciudadano absteniéndose de intervenir en la vida pública, luego en la vida privada le salen, por castigo, al paso las derivaciones de aquellas ideas que no quiso defender ó que se negó á combatir, presentándosele en forma

de problemas y conflictos á que no tiene medio de sustraerse. Entonces las leyes económicas coartan su actividad, malogran su trabajo y devoran su hacienda; los sistemas de reclutamiento y enseñanza influyen en la suerte de sus hijos, y hasta la intolerancia en materias de fe violando la conciencia puede envenenar el amor y destruir el hogar. Maldigamos, pues, la corrupción de las costumbres políticas hija del envilecimiento de caracteres, pero afirmemos la legitimidad del culto á las ideas rindiendo tributo de amor y de respeto á quien, como Emilio Castelar, consagró la vida al triunfo de la causa que consideró justa.

Relatar su existencia entera equivaldría á recorrer con la memoria casi medio siglo de nuestra historia contemporánea, la cual todos conocemos; unos por haber sido actores y otros espectadores de ella, sin que acaso ninguno pueda ser cronista de los sucesos ni erigirse en juez de los hombres; porque los actos y pensamientos propios, los cariños y odios nacidos en la próspera ó adversa fortuna, la gratitud y el rencor, los intereses puestos al tablero, las esperanzas frustradas, las ambiciones fallidas, hasta la sangre de padres y hermanos derramada en guerras crueles, oscurecen la razón más serena y turban la conciencia más honrada. Por eso, temeroso de que á despecho de mi voluntad sean apasionados mis juicios, procuraré ser parco en ellos, limitándome á reseñar rápidamente los sucesos principales en que Castelar intervino para que formen las líneas de este humilde boceto: sus propias ideas irradiarán la luz que lo ilumine, vuestra memoria le prestará color, los años le servirán de ambiente y fondo; si le falta vida tendréis que perdonarme, atendiendo á la desproporción que existe entre la pequeñez del artista y la magnitud del modelo.

Triunfante el movimiento, primero militar, después civil de 1854, gran parte de los que á él habían contribuído, empezaron á desconfiar de la actividad revolucionaria del nuevo gobierno, y próxima la convocatoria de Cortes, menudearon las reuniones electorales. Una de ellas, organizada por el elemento más avanzado del antiguo partido progresista, se verificó en el Teatro Real á fines de Septiembre. Habían hablado ya muchos oradores, estaba el acto á punto de terminar, cuando pidió un desconocido la palabra: aunque el concurso daba señales de impaciencia, concediósele el presidente, y de entre los grupos que rodeaban la mesa, adelantó hasta las candilejas un joven de mediana estatura, frente espaciosa y ojos vivos que, puesta al desgaire la corbata y más cepillada que nueva la levita, parecía personificar el tipo simpático del estudiante pobre cuyos libros y matrículas representan las privaciones de toda una familia: su actitud y semblante delataban la turbadora confusión, mezcla de apocamiento y de osadía, de audacia y de temor, que el hombre experimenta llegado el trance en que tiene fundada su esperanza. Comenzó á hablar sin que hubieran cesado los murmullos: la voz atiplada causó impresión desfavorable, luego dos ó tres párrafos bien construídos y brillantemente pronunciados, impusieron silencio, y á los pocos minutos, de pronto, como cuando el agua de un surtidor ha desalojado el aire del caño en ingratos resoplidos y comienza á brotar seguida y sonoramente con dulcísimo ruido, así aquella voz se hizo más grave; caldeada la garganta tomó cuerpo el acento, y las palabras fluyeron de los labios en número infinito, con orden prodigioso, vestidas de la majestad y armonía que tiene sólo la lengua castellana. Tras un largo período, cuajado de frases hermosas que parecían

arrancar la política del suelo ensangrentado de las calles para elevarla hasta las cimas del pensamiento purificado por los ideales, estalló un aplauso, y luego otro, y después muchos más; sujeto ya y dominado el auditorio, como si aquel mozo trajese en su espíritu definida y con sus palabras modelada la fórmula concreta de algo ardientemente querido pero aun indeterminado y borroso en la conciencia pública. Su oratoria era nueva para aquella juventud que no había conocido á Argüelles, ni á Alcalá Galiano y que había alcanzado viejo á Martínez de la Rosa. El nuevo tribuno tenía tanto de poeta que á veces su fantasía antes que ayudar á las razones las abrumaba con la pompa excesiva de sus galas, pero dejando siempre prevalecer en ellas al través de los excesos líricos y las flores retóricas, la claridad de los conceptos y la virtualidad de las doctrinas. Además, sólo por excepción y de pasada se refería á ciertas impurezas: no llamaba ladrones á los ministros caídos, ni traidores á los ministros nuevos, no insultaba á la fugitiva reina gobernadora, ni adulaba á los defensores de las barricadas, ni se deshacía en elogios á los generales victoriosos: no hablaba de personas, sino de principios, y fundando la revolución en la filosofía, declarando á la libertad hija del cristianismo, profetizaba el triunfo de la democracia mediante el reconocimiento, no de meros derechos políticos, concedidos por la debilidad del poder ó arrancados por la fuerza del pueblo, sino de otros derechos más altos, creadores de la personalidad, inherentes á ella, indispensables para que el hombre cumpla su destino en la tierra, impuestos por la misma Naturaleza que ha trazado sus órbitas á los astros para que recorran la inmensidad del cielo y que ha prescrito sus leyes á la luz para que se difunda en el espacio.

El efecto causado por aquel discurso fué grandísimo: los aplausos que habían interrumpido casi todos los períodos, se reprodujeron al final en salva prolongada y unánime: el auditorio preguntó á gritos el nombre del orador á quien comenzó á escuchar de mala gana, y que tan pronto le había hechizado con la mágica de una asombrosa facilidad de palabra puesta al servicio de tan desusada elevación de ideas. Entonces el presidente dijo: «Se llama Emilio Castellar y es alumno de la Escuela Normal.» Entre aclamaciones y vivas pidió el público que se le incluyera en la candidatura de diputados á Cortes, y aquella noche no hubo en Madrid círculo político, tertulia aristocrática, despacho de ministro, ni saloncillo de teatro, donde no se hablara de él: pero nadie le conocía. Sólo algunos levantinos y andaluces pudieron decir que era hijo de un comerciante gaditano muy amigo de Torrijos, sentenciado como él á muerte por liberal, y de escasos recursos; que al morir éste, la viuda se trasladó con el niño, primero á Elda, después á Alicante, para que comenzara su instrucción literaria, y que al cumplir diez y seis años le trajo á Madrid el 48. Los estudiantes sabían algo más: aseguraban que sin enseñárselos á nadie hacía versos, que había escrito una novela, *Los misterios de Elda*, y un estudio histórico, *Don Álvaro de Luna*, añadían que, colaborando con otro que se llamaba Francisco de P. Canalejas, y que valía casi tanto como él, había publicado un periódico, *El Eco Universitario*, y que entre ambos tenían concluída una novela en que era protagonista *Don Alfonso el Sabio*; los profesores de la Normal, le citaban como ejemplo de laboriosidad y prodigio de memoria: finalmente, los amigos íntimos de su familia, los que le habían conocido niño en Cádiz y adolescente en Elda, referían epi-

sodios y rasgos de esos con que empiezan á dibujarse las aptitudes y el carácter de los hombres: recordaban que de pequeño, cuando no sabía que existiese más oratoria que la del púlpito, repetía en forma de sermones cuanto escuchaba en la escuela; y contaban que, al partir de Elda, fué abrazando lloroso los árboles del huerto de su casa para despedirse de ellos; así surgían juntos en su espíritu la irresistible vocación de orador y el culto á la Naturaleza que en él fué siempre manifestación poética del sentimiento religioso.

En tres épocas puede dividirse la vida de Emilio Castelar. La primera, de propagandista y tribuno popular, que comprende desde su discurso del Teatro Real hasta la Revolución de 1868; la segunda, de orador parlamentario, desde 1868 hasta 1873 en que se proclama la República; la tercera, en que despliega sus condiciones de hombre de gobierno en el poder y en la oposición, desde 1873 hasta su muerte.

Su primer discurso hizo que se le incluyera en la candidatura de diputados por Madrid y que los periódicos procurasen atraerle á sus redacciones: entonces trabajó en varios, defendió ante el jurado, no sólo á los liberales, sino también á los exageradamente autoritarios, y con ocasión de una de estas defensas, la de *La Democracia*, procesado por un artículo de política internacional, le mandaron los patriotas italianos un mensaje de gratitud, primera muestra del alto aprecio que en tierra extranjera habían de merecer andando el tiempo, la elevación de sus ideas y el poder de su elocuencia.

Los primeros discursos que pronunció en el Ateneo de Madrid y los artículos de crítica histórica y literaria que

publicó de 1854 á 1860, dan á entender en qué estudios se había formado, quiénes eran sus autores favoritos, y cómo entre las ideas propias y el choque de éstas con las ajenas, se había ido formando aquella poderosa personalidad que sin traer al caudal común de la cultura patria un principio propio, sólo por un modo de orientación, había de ejercer grandísima influencia en nuestra política; porque inspirándose juntamente en la tradición nacional y en el estudio de los ideales modernos, iba á sostener que en España lo antiguo y castizo es la libertad, lo nuevo y extranjero, el absolutismo; que la fórmula del progreso, es la democracia; su expresión, la República; su medio, la paz; poniendo en esta colosal labor durante la primera etapa de su vida, el entusiasmo de un poeta y la constancia de un apóstol; virtudes á las cuales, aleccionado por la experiencia, sumaría más tarde el sentido de la realidad, merced al cual, se convirtió de propagandista en hombre de Estado, y de campeón de una doctrina perseguida, en defensor de una sociedad amenazada.

Nada más aventurado que clasificar sus ideas filosóficas, aunque con frecuencia se le ha supuesto partidario del racionalismo alemán. Realmente, cuando habla de los grandes pensadores que lo han creado, para exponer de pasada sus sistemas ó referirse á ellos, no se somete á ninguno: se contenta con pedir á la especulación el fundamento de su criterio político; mas sería arbitrario afirmar que aceptase en toda su extensión el idealismo crítico de Kant, ni el egoísmo transcendental de Fichte, ni el idealismo objetivo de la Naturaleza en que se funda el sistema de la identidad absoluta de Shelling, ni aquel otro idealismo objetivo en que radica el movimiento inmanente de la idea-substancia de

Hegel. Acaso Castelar no tenga de común con esas escuelas racionalistas más que la afirmación del yo, condición de la personalidad que implica el reconocimiento del derecho cuya garantía es la libertad: ni tampoco se le puede suponer evolucionista con el criterio de Spencer: si en algún tiempo se le consideró hegeliano fué porque era profundamente espiritualista y liberal, y como para Hegel la filosofía de la historia es el desarrollo del progreso de la conciencia de la libertad, y la historia de la filosofía es el progreso del pensamiento aplicado al conocimiento de lo absoluto, de aquí que Hegel le atrajera, no precisamente con lo capital de su doctrina, no con lo que prueba su alto sentido metafísico y su poder maravilloso de abstracción, sino por las aplicaciones que le permitían supeditar los hechos á las teorías. Ambos coinciden en doblegar la realidad á la mente, el mundo de los hechos al mundo de las ideas; así el filósofo germano llega á considerar las religiones y las artes como formas sucesivas y perecederas, semejantes á luces que brillan y se extinguen en la noche del tiempo mientras, eternamente joven, prevalece y perdura la conciencia humana; y el orador latino ve en el origen de cada hecho un pensamiento, como en el seno de cada organismo un principio de vida; para luego, arrastrado por el instinto místico de la raza, proclamar que la Historia es la eterna revelación de Dios, y que al modo que la columna de fuego alumbró en el desierto á los israelitas, Dios guía á la humanidad en su éxodo hacia la tierra prometida, lejana, misteriosa, pero segura, en que unos vemos el triunfo universal de la razón, y otros, el cumplimiento de las profecías hechas al alma por la fe.

Más hondos fueron y mejor dirigidos que sus conocimien-



tos filosóficos, estuvieron sus estudios históricos. La filosofía, cuyos arcanos no pretendió descifrar, le trató acaso como deidad fría y desdeñosa; la historia en quien puso adoración de amante se le mostró rendida y no tuvo secretos para él, revelándole el espíritu de las razas, la índole de los pueblos, el carácter de las instituciones, el pensamiento de los hombres, cuanto compone y abarca la vida universal al través de los tiempos, desde el oculto sentido de los mitos con que la humanidad se deleita en su infancia, como niño que se entretiene con fábulas, hasta las verdades que conquistan la ciencia y la razón, ennobleciendo el espíritu y dominando la Naturaleza.

Yo no me atreveré á decir que pueda hoy designarse á Castelar como dechado de historiadores, porque sé que está en tela de juicio si la historia ha de escribirse con la serenidad de los primitivos narradores griegos ó son más dignos de imitarse los clásicos latinos que, bajo aparente imparcialidad, encubren el amor á un principio político ó una casta social: si ha de ser meramente expositiva ó se ha de procurar en ella que del examen de los hechos se desprenda la crítica de las ideas que los produjeron; si se encamina á conocer el desarrollo de las ideas mismas apreciando los sucesos como sus consecuencias ineludibles: si ha de ser considerada sólo como experiencia viva y dolorosa mediante la cual va purificándose la conciencia humana ó si hemos de reconocer y admirar en su desenvolvimiento la presencia eterna de Dios; pero si la historia, ya se sujete al principio filosófico de Vico y de Herder, ya al providencialismo de Orosio, San Agustín y Bossuet, ha de ser siempre, como dijo Cervantes con la intuición sintética de los grandes poetas: «testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo

» presente y advertencia de lo porvenir », entonces, sí me arriesgo á decir que Castelar poseyó el concepto exacto de la historia: porque á despecho de errores de criterio, deficiencias de método y exageraciones de estilo, vió en ella el único tribunal donde siendo el hombre juez de sí propio, se hace incorruptible, para maldecir del triunfo y abominar de la gloria cuando no se fundan en el amor al bien y el culto á la verdad; que es el modo mejor con que puede imaginarse que interviene lo divino en lo humano.

El discurso sobre *Lucano* que leyó Castelar al recibir la investidura de doctor en filosofía y letras, y las lecciones sobre *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*, pronunciadas en el Ateneo de Madrid, corporación á cuyo nobilísimo esfuerzo debe tanto la cultura española, están inspiradas en ese criterio providencialista; allí aparece la antigüedad como prólogo al advenimiento del Cristianismo, el Cristianismo como consecuencia de la filosofía espiritualista y los quinientos años que siguen como esplendoroso desarrollo del ideal evangélico bastardeado luego, según se aleja de su fundador, hasta quedar la humilde Galilea ofuscada por la fastuosa Roma y convertirse en tiara la corona de espinas.

Aquellas lecciones adolecen de falta de método, abarcan demasiado en lo secundario y pasan á veces muy aprisa sobre lo principal: en ellas lo meramente expositivo domina sobre lo dialéctico; como sucede en la ornamentación barroca, la abundancia del adorno no deja seguir el curso de la línea, pero por cima del abuso de la retórica y al modo que la llama surge de entre el montón de hojarasca que se quema, brota un himno tan fervoroso en loor de la primitiva idea cristiana, que no lo han superado los modernos

apologistas católicos, los cuales asientan en ella el origen del poder, la base de la autoridad, el gobierno del mundo, mientras Castelar—y no digo que acierta, sino que así lo declara,—funda en el Cristianismo, aún con menoscabo de la filosofía, un principio desconocido á los antiguos, para quienes la edad de oro estuvo al amanecer de los tiempos, el progreso; el ansia insaciable de perfección moral, la aproximación constante de la criatura al Creador.

Las *Cartas á un obispo sobre la libertad de la Iglesia* están inspiradas en el mismo concepto de la crítica histórica; siendo, en mi humilde juicio, uno de los trabajos más notables que Castelar produjo: en ellas, la experiencia histórica y la riqueza imaginativa, ayudan al pensamiento sin entorpecer su marcha; contienen en germen cuanto el autor desarrolló más tarde en defensa de la libertad religiosa, y son un modelo de esa elocuencia vibrante y cálida que es para el oído algo semejante á lo que es para la vista la atmósfera dorada y luminosa de algunos cuadros de Murillo.

Al éxito de los primeros discursos y libros de Castelar contribuyó la novedad de su estilo. No era nuevo, en verdad, que un orador ó un literato mostrara rica imaginación y verbosidad extraordinaria, aquí, donde precisamente el exceso de retórica y la redundancia de palabras habían originado la decadencia del púlpito y del libro; la novedad consistía en aplicar las galas poéticas á la crítica histórica y á la propaganda política, dándoles, en desusada medida, el aspecto artístico que antes, sólo por excepción, tuvieron.

Acaso en un principio Castelar se dejó seducir por el encanto de los libros de Ozanam, Michelet, Lerminier, Pelletan y Edgar Quinet; tal vez creyera que su prosa florida sería el medio mejor para herir la imaginación de

nuestro pueblo, y después el aplauso conseguido le hiciera insistir en la desordenada afición á amplificar los pensamientos, darles carácter sintético y vestirlos con lenguaje pomposo; pero yo me inclino á sospechar que el abuso de retórica no tenía en él nada de artificioso ni estudiado; aquella bizarría, aquella exuberancia de adorno eran sinceras y espontáneas: si alguna vez visitásteis en su compañía un museo artístico ó un monumento histórico, le oiríais, en el seno de la amistad, sin público, hablar desplegando la misma potencia imaginativa, en el mismo tono grandilocuente, incurriendo en igual exceso de hipérbolos y metáforas que si tratara de entusiasmar á un auditorio de miles de ciudadanos: ciertamente le complacía el aplauso, y á veces lo buscaba; mas no se puede negar que tendía instintivamente á vestir las ideas con ropajes espléndidos, sobrecargándolas de joyas, como si creyera que cuanto más bellas pareciesen, con mayor facilidad persuadirían; y no bastándole el severo encanto de la verdad, castamente desnuda, ansiaba la fascinación que ejerce la hermosura magníficamente ataviada.

Llegamos á los días precursores de hondas y fecundas alteraciones. En 1860, Castelar escribe en *La Democracia* su famoso artículo *El rasgo*, el Gobierno le despoja de su cátedra, y el 10 de Abril comienzan los disturbios. A los cuatro años, el 22 de Junio, la discordia ensangrienta las calles de Madrid, y desde el día siguiente, durante muchos, hasta entrado Julio, la ley despiadada ensangrienta mucho más las afueras.

Y aquí, por ser episodio poco conocido y que refleja bien nuestras costumbres políticas, donde para el bien y para el mal es más poderosa la amistad que la pasión de partido, permitidme que os refiera cómo salió Castelar de Madrid

después de haber cumplido con su deber luchando al lado de sus compañeros, y cómo la amargura de la derrota no nubló en él la clarividencia con que penetraba el porvenir de la política.

La noche del 22 de Junio, al retirarse á su casa D. Carlos Navarro Rodrigo, entonces jefe en el Ministerio de la Gobernación, se encontró esperándole á Carlos Rubio, que había estado batiéndose todo el día en una barricada, y que más sucio y desastrado que nunca venía á pedirle que le ocultara hasta que pudiese huir al extranjero. Resuelto Navarro á salvarlo quiso que pasara en su compañía la noche, pero Carlos Rubio se obstinó en marcharse á su propio domicilio diciendo que allí sería donde menos pensarán en buscarle. Navarro corrió á ver á Carolina Coronado, esposa del representante de los Estados Unidos, y le rogó que diese asilo al revolucionario, á lo cual generosamente se prestó la ilustre poetisa. Al otro día volvió Navarro á buscar á Carlos Rubio, y, sirviéndoles de cochero en su propio carruaje el caballero Marqués de Heredia, le llevó á la legación americana, encontrándose con la sorpresa de que allí había también buscado asilo un amigo suyo de la infancia, Emilio Castelar. Habló luego Navarro con Posada Herrera, Ministro de la Gobernación, quien se prestó á facilitarle toda clase de medios para que huyeran de Madrid los dos demócratas, y aun le dió permiso para que les acompañara hasta dejarlos en seguro. Con tan buena noticia tornó Navarro á casa de la Coronado, y allí su alegría se convirtió en asombro, porque con Castelar y Carlos Rubio estaban Martos y Becerra, resueltos los cuatro á no escapar ninguno como no pudieran salvarse todos. La única facilidad que para contribuir á ello podían añadir á las dadas por Posada Herrera á Navarro

consistía en que Ayala se encargaba de Martos, prometiendo bajarle á la estación del ferro-carril en el coche de Cánovas, á la sazón Ministro de Ultramar. De nuevo tuvo Navarro que ver á Posada Herrera, y otra vez accedió éste á sus deseos; pero cuando fué luego á pedir á Cánovas el coche prometido para Martos, al enterarse de que los fugitivos eran cuatro, Cánovas se negó á facilitarlo: «la actitud de »Posada Herrera—dice Navarro Rodrigo (1)—enalteció »sobremanera sus sentimientos de hombre privado; la del »Sr. Cánovas del Castillo responde mejor á la severidad y »austeridad con que el hombre público ha de cumplir todos »los deberes que su posición le impone, por penosos que »sean.» Y no fué, indudablemente falta de generosidad ni grandeza de ánimo, sino dura imposición de la conciencia la que inspiró el proceder de Cánovas, porque pasados treinta y tres años, al ser asesinado en Santa Agueda el gran estadista conservador, el tribuno republicano corrió á velar su cadáver, y poseído de emoción profunda, en que se confundían la admiración y el cariño, pronunciaba, á modo de oración fúnebre, estas palabras de Donoso Cortés, que le trajo á los labios su oportuna y prodigiosa memoria: «Sócrates no fué tan grande por la vida que vivió como por »la muerte que le dieron; debe más á la cicuta que á la filosofía. El mundo se hubiera indignado contra Roma si hubiera permitido Roma que César muriese de la muerte de »los demás hombres: su gloria fué tan grande que mereció »ser coronada con un grande infortunio. Morir en su lecho »es cosa apenas permitida á Cromwell. Napoleón debió

---

(1) *Notas dispersas*. Madrid, 1893.

» morir de otra manera: debió morir vencido en Waterlloo  
 » proscrito por Europa. Un sepulcro fabricado por Dios para  
 » él en una isla desde el principio de los tiempos, debía con-  
 » tener sus cenizas; un ancho foso debía separarlo del mun-  
 » do y en éste foso hervir y bramir el Océano.»

Tal fué el elogio fúnebre que el condenado á muerte de 1866 dedicó al asesinado de 1897, donde se ve patente la grandeza de ambos: la de uno porque pudo inspirarla, la de otro porque supo comprenderla.

Allanadas, por fin, todas las dificultades, salieron de Madrid los cuatro revolucionarios acompañados por Ayala y Navarro Rodrigo: conversando en el tren al término del viaje, estos dos, que eran partidarios de la *unión liberal* expresaron la esperanza de hermanar en su política los poderes tradicionales con la libertad moderna, pero Castelar les dijo: «Os equivocáis en vuestras generosas ilusiones: nos habéis vencido en las calles y nos traéis á la expatriación, pero vosotros, vosotros mismos seréis perseguidos como fieras dañinas por la reacción, y vosotros haréis la revolución que no hemos podido ni podremos realizar, y nos traeréis triunfantes del extranjero en donde dentro de poco nos dejaréis como proscritos.» Siguió avanzando el tren, al pasar el Bidasoa arrojó Castelar al río las ropas que le habían servido de disfraz y dió un ¡viva España! que contestaron todos. Momentos después entraban en tierra francesa.

Cumplida su profecía, volvió á la patria en 1868. Para los que alzaron bandera contra los obstáculos tradicionales, porque con terquedad suicida se les alejaba del poder, la revolución estaba hecha: los que intervinieron en la lucha movidos antes por las ideas que por los resentimientos, no

debían aún considerar logrado su propósito. El primer triunfo de estos consistió en que la nación mandase á las Constituyentes sesenta diputados enemigos de la secular forma de gobierno tan arraigada hasta entonces en las entrañas de la nación, que ni la ingratitud del *Deseado* fué desengaño bastante á quebrantarla: su segunda victoria fué que no presidiese aquellas Cortes D. Salustiano de Olózaga, pontífice del viejo partido progresista, sino D. Nicolás María Rivero, jefe de la democracia definida por el muchacho desconocido que habló por primera vez al pueblo desde el escenario de un teatro, y que ahora venía no ya para divulgarla como propagandista en el club y en el periódico, sino para darle forma substancial y concreta en la nueva Constitución del Estado. Madrid, Valencia, Cádiz, Barcelona, Sevilla y Zaragoza quisieron elegirle: optó él por la ciudad inmortal de los sitios y tomó asiento en las Constituyentes.

Malos dias son estos de pesimismo resignado para traer á la memoria aquellos de agitación constante en que, aun viniendo cada hora preñada de una nueva turbulencia estaba en todos los corazones la esperanza: no hay comparación entre ambas épocas: una cosa es delirio y otra cosa es parálisis; mas aquel delirio donde el hervor de las ideas dominaba sobre las ambiciones de los hombres, al par que síntoma de enfermedad, era signo de vida; vida puesta por su propia exuberancia en peligro; peligro bien distinto del que han creado los grandes infortunios nacionales, la desconfianza de los hombres y la desilusión de las ideas, haciendo que faltos de vigor, no sólo aceptemos como merecida la desdicha presente, sino hasta pongamos en duda la grandeza pasada: cual si los errores y las culpas de una generación pudieran ser la negación de una raza.

En aquellas Cortes memorables de 1869, formaba la mayoría el partido liberal, que de buena fe imaginaba servir bastante al espíritu revolucionario con sólo procurar la renovación de los altos poderes: personificaban á la España de lo pasado unos cuantos inteligentes y valerosos defensores de la tradición absolutista y teocrática, y servía de intérprete al partido republicano una minoría fuerte, numerosa, entusiasta pero impaciente y díscola, tan falta del sentido de la realidad, que en ella la fogosidad y la vehemencia cerraban el paso á la reflexión y la cordura. Las tres fracciones tenían hombres de indiscutible mérito, cuya diversidad de origen y de facultades daba vida á las formas varias con que el espíritu humano convierte la palabra en arma de la razón para defensa del derecho. Había soldados y marinos que hablaban con la rudeza y sobriedad propias de las arengas campales; eclesiásticos formados en la oratoria sagrada que hiriendo el sentimiento se apodera del alma; antiguos periodistas duchos en hacer fácilmente comprensible al vulgo el alcance de las ideas; catedráticos en quienes el método era hábito y la dialéctica costumbre; jurisconsultos que en el bufetè y en el foro tenían adquirido el dominio de la argumentación; y había, también, diputados de escaso saber, de poca cultura, pero carne misma del pueblo, pedazos vivos de la gran masa social enferma y descuidada, hombres de esos cuya oratoria sólo podía consistir en la amargura de las quejas y el relampagueo de las amenazas. Estos diputados, que constituían una verdadera representación nacional, porque el sufragio no eliminó ningún partido, llevaron la tribuna española á su más alto grado de esplendor.

Los discursos pronunciados por Castelar entonces pueden dividirse en dos grupos: los del uno están inspirados en

las necesidades del momento para justificación y defensa del espíritu revolucionario: á él pertenecen, por ejemplo, los que hizo contra las proposiciones que concedían primero la presidencia del Poder Ejecutivo y luego la Regencia al Duque de la Torre; contra el reconocimiento de honores de Capitán general á Montpensier; contra la limitación de los derechos individuales; contra la esclavitud; sobre las reformas de Ultramar, y pidiendo la inhabilitación de los Borbones. Los del segundo grupo son la exposición y defensa de la doctrina democrática que procuró y hasta cierto punto consiguió infiltrar en la Constitución: los principales de estos fueron aquel en que combatió el proyecto del nuevo Código político y los que hizo en defensa de la forma republicana y de la libertad de la Iglesia.

En esta doble labor parlamentaria donde simultáneamente había de satisfacer las exigencias del día y contribuir al trabajo de reorganización definitiva, desplegó cualidades que sólo puede desconocer la ignorancia ó regatearle la parcialidad. Pasados treinta años, leídos ahora en frío esos discursos no es posible penetrarse de la honda impresión que causaban en una atmósfera totalmente distinta de la que respiramos: no estaban aún heridas las ideas por el desprestigio de sus representantes, ni las esperanzas defraudadas por el eslabonamiento de los desengaños, ni la repetición de emociones estériles había embotado el sentimiento nacional; aún no se llamaba al patriotismo *patriotería*, ni á la sensibilidad *sensiblería*; cada partido, juzgando sus principios henchidos de virtualidad, los defendía con tesón; y el elemento obrero, ahora desgraciadamente persuadido de que sólo le importa lo económico, seguía con interés el desarrollo de los problemas políticos. Sobre aquel conjunto

de pasiones sinceramente exaltadas caían las palabras de Castelar, siendo fiel expresión de los deseos de unos, negación rotunda de las aspiraciones de otros, despertador de la conciencia de todos para que acudiesen, según ella, al urgente remedio de la Patria.

De esta suerte es como hay que considerar su oratoria para apreciar la magnitud de su esfuerzo y comprender que no fué mera verbosidad, ni vana palabrería, ni vulgar facundia, sino legítima y poderosa elocuencia la que demostrando los errores del despotismo y explicando lo que son la democracia y la República, conmovió á una nación que hacía medio siglo saludaba al rey con el grito de *¡Vivan las cadenas!*

Yo tengo marcado con piedra blanca en los recuerdos de mi juventud aquel 12 de Abril en que con otros estudiantes le oí la célebre rectificación al canónigo Manterola, cuando se discutían los artículos constitucionales referentes á la libertad religiosa. Fué una tarde anubarrada y fresca de incierta primavera madrileña en que toda la luz de nuestro cielo pareció refugiarse en la tribuna española. El salón de sesiones estaba completamente lleno: presidía D. Nicolás María Rivero; en el banco azul estaban todos los individuos del Poder Ejecutivo, entre los cuales, sin ser el más alto, descollaba Prim, cuyo rostro barbinegro y cetrino, de ojos vivos y pómulos salientes, parecía rodeado por la doble aureola de soldado en los Castillejos y de diplomático en Méjico; en los bancos de la mayoría ni un lugar vacío; las tribunas henchidas de gente; en la suya, los diplomáticos atentos como si les interesara el despertar de una nación gloriosa á la vida moderna; la de los periodistas ocupada en gran parte por redactores de diarios retrógrados venidos

á oír á uno de sus más elocuentes oradores; el rumor de las respiraciones y las frases cambiadas en voz baja, dominado apenas por la voz de Manterola que, tembloroso de emoción terminaba su discurso con un entusiasta panegírico de la Iglesia católica, mientras el obispo de Jaén y el cardenal de Santiago le animaban con la mirada. El cuadro era solemne; de severa grandeza. La claridad igual y difusa lo envolvía todo, cayendo tamizada por los cristales esmerilados de la claraboya, y un rayo de luz más intensa y más viva penetrando por los intersticios de un ventanal y cruzando oblicuamente en apretado haz la atmósfera cargada de vaho, caía en los escaños de la minoría tradicionalista fingiendo sobre el terciopelo de los respaldos, una mancha roja como la sangre que iba pronto á derramarse en las montañas del Norte.

Acabó Manterola, levantóse Castelar, y desde la esquina del segundo banco de los más altos de la izquierda, al principio con reposada voz y tranquilo ademán, rebatió los cargos que le había hecho su adversario, y sin herir lo fundamental del catolicismo, sin atacar al dogma, trazó á grandes rasgos la historia de la intolerancia en materia de fe, demostrando que sus modernos mantenedores son más exigentes que aquellos antiguos reyes nuestros que, al conquistar ciudades, dejaban á moros y judíos sus mezquitas, sus sinagogas, su legislación y sus alcaldes; recordó que Descartes, no pudiendo escribir en Francia, tuvo que emigrar á Holanda, que Mallebranche fué tildado de panteísta por su idea platónica de los cuerpos y de las ideas en Dios, que Orígenes fué rechazado por negar el infierno; y luego, animándose, poco á poco, hasta llegar á la exaltación del entusiasmo, irguiéndose como si creciera—porque al hablar

parecía que se le aumentaba la estatura, — con voz llena y sonora, prorrumpió en aquella soberana peroración impregnada de poético misticismo.

«Grande es el dios del Sinaí; el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande; más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y sin embargo, diciendo: «¡Padre mío, perdónalos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores porque no saben lo que se hacen!» Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre de esta religión; yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí á pedir que escribáis al frente de vuestro Código fundamental la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad, entre todos los hombres.»

Y, sin embargo, se le ha tachado de impío. La acusación es injusta. Fué, como muchos católicos, enemigo de que se confundan lo temporal y lo eterno; fundaba las relaciones que deben existir entre lo sagrado y lo laico en el precepto evangélico «dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César»; quería que los prelados fuesen, á semejanza de aquel obispo de Segovia y aquel arzobispo de Granada que acudieron al Concilio de Trento, defensores de la dignidad y la independencía de la Iglesia española; atacó lo meramente humano de la organización eclesiástica, nunca lo fundamental y divino de la religión, y si al estudiar la historia de las revoluciones del pensamiento llamó valero-

samente á la comunidad que, siendo religiosa, tiene nombre militar de *compañía* «mística por las ideas y maquiavélica» por los procedimientos...» «árbol de muerte que brotó en» las alturas de Montmartre para extender su ponzoñosa «sombra en la conciencia humana», con la misma sinceridad, reconoció y confesó lo que debe la civilización á las órdenes monásticas de Cluny, San Benito, San Francisco y el Temple. Estaba en él tan arraigado el sentimiento religioso, que los períodos más elocuentes brotados de sus labios y los párrafos más sentidos de su pluma, son estrofas que juntas podrían formar un himno fervoroso en loor de la idea cristiana. En una palabra, antes tienen derecho los racionalistas y librepensadores á rechazar á Castelar por religioso, que los creyentes á poner en duda su fe.

El gran error de su vida fué un error político: la propaganda federal.

La federación de pueblos afines, disgregados y débiles, como medio para llegar á la unidad que constituye la fuerza es siempre una evolución progresiva: mas entre regiones que al hermanarse llegan á formar un solo cuerpo social, el aflojamiento de lazos pone en grave peligro la existencia de la nacionalidad; primero, porque es ley humana que los vínculos morales cuando se quebrantan se rompen; segundo, porque los estados pequeños que se alían y suman en la hora del riesgo, están siempre á merced del poderoso que de antemano se preparó para la lucha. Castelar, de una parte deslumbrado por el engrandecimiento que, merced á la Constitución federal habían logrado los Estados Unidos, y atraído de otra por el grandioso espectáculo de paz y libertad que da al mundo la confederación de los cantones suizos, creyó que la forma federativa era aplicable á una

nación que, como España, ofrece en la diversidad de sus regiones, los gérmenes naturales y los antecedentes históricos de una organización que imposibilita aquel espíritu absorbente y centralizador en que ha descansado siempre el despotismo: la federación le pareció una garantía de la libertad. Pero, cuando proclamada la República subió al poder, y al mismo tiempo que arreciaban la insurrección en Cuba y la guerra carlista en el Norte, se alzaron en armas los republicanos intransigentes de Andalucía y de Levante; cuando vió que la rebeldía cantonal era más dañosa á la libertad que los ejércitos del absolutismo y que estaba en peligro la unidad de la Patria, entonces el propagandista se convirtió en hombre de Estado. Tres meses le bastaron para restablecer la disciplina militar, reconstituir el cuerpo de Artillería, enviar refuerzos á las Antillas, arreglar el conflicto del *Virginus* y procurar el reconocimiento de la República por las potencias extranjeras.

Grandes, y por nadie negados, fueron sus servicios pero aun le quedaba algo más costoso que hacer: el sacrificio de su inmensa popularidad; y cuando en las Cortes republicanas se esforzaba por combatir la locura liberticida de los exaltados, como le preguntasen por el proyecto de la Constitución federal, repuso: «Lo quemaron en Cartágena.» Con razón ha dicho un escritor ilustre que, «lo que á Castelar le importaba no era acreditarse de infalible, sino que España no padeciese por errores de Castelar, cuando él los podía reconocer» (1). Murió la República en sus manos; otros la hirieron: á todos hará justicia la Historia.

---

(1) Leopoldo Alas. *La Publicidad*. Barcelona, Mayo de 1899.

Emigró después, por segunda vez, algún tiempo á Francia, y en esta expatriación, como en la primera, se dedicó á trabajos literarios.

No cabe en la rápida relación de su vida, ni en los límites de este discurso, el examen minucioso de la producción literaria de Castelar. Además, confieso lealmente, que en cuanto al concepto y caracteres de la belleza escrita, discrepa y se aparta tanto del suyo, mi humilde juicio, que las observaciones que hiciera, antes mostrarían oposición y censura, que adhesión y aplauso á sus doctrinas. «Me gusta, en »literatura,—decía, en 1864, y nunca varió de opinión,—el »género fantástico, porque aspira á un ideal, porque vuela, »porque destila lágrimas, porque me recuerda la universalidad del dolor, porque me aparta de la detestable escuela »realista.» Para él la realidad y sus impurezas eran escoria despreciable, luego que el ingenio, á modo de poderosa fuerza absorbente, les había extraído el oro de la idealidad; para mí, de aquella realidad y de aquellas impurezas, no debe arrancarse el metal precioso sino, antes al contrario, presentarlo mezclado y confundido con ellas para que, abarcando nuestro pensamiento y viendo nuestros ojos lo que es hermoso y noble, junto á lo bajo y deforme, obtengamos la fiel imagen de la vida que es el mayor triunfo del artista.

No aspiremos en arte sino á realizar la belleza por medio de la verdad; lo demás, enseñanza, moral, consuelo por lo que el alma sufre, ilusión de lo que espera, todo eso nos lo dará, ó mejor dicho, lo creará en nosotros la emoción estética, siempre que el artista nos haya pasmado de admiración ante el bien, estremecido de terror ante el mal, de repugnancia ante el vicio, de delicia ante el amor; pero no el bien, el mal, el vicio, ni el amor forjados en los delirios

de su fantasía, sino sorprendidos y arrancados de los senos del pensamiento y de las mismas palpitaciones de la carne. Y no temamos que lo vulgar carezca de grandeza; el genio artístico estriba precisamente en encontrar en lo humilde, lo grandioso, y en lo encumbrado, lo mezquino; el pobre labriego que, perdido en la soledad de la planicie, destaca sobre el cielo azul bañado en luz, y segando con movimiento rítmico las mieses que caen tendidas á sus pies, según avanza sudoroso sobre los surcos abrasados, puede sentir las mismas pasiones que el conquistador cuya fama llena las historias; y en una lágrima derramada por una injusticia social, hay á veces más poesía y, sobre todo, más honrada que en aquella perla desleída por Cleopatra en la copa de Marco Antonio.

Dicho sea con el mayor respeto, no es en la novela donde brillan las altas dotes de Castelar como literato, sino en sus libros de viajes; en aquellos *Recuerdos de Italia*, donde la contemplación de la Naturaleza inunda su alma de poesía, en que se confunden el encanto de los lugares y la evocación de la mitología y de la historia, con cuyos dioses y héroes su imaginación llena los campos, los monumentos y los mares. Allí su memoria bucea en lo pasado, evoca los siglos, restaura las ruinas, puebla las ciudades de políticos, de artistas, de papas, de guerreros, y al través de las alteraciones de los tiempos y los errores de los pueblos, sigue la marcha progresiva de la humanidad hacia la conquista de la justicia y del derecho.

En lo que á la forma se refiere, el estilo de Castelar en las novelas, en los libros de viajes y en los de crítica histórica, es idéntico al de sus discursos: su prosa, siempre oratoria, está formada de largos y rotundos períodos, encade-

nados sin el menor esfuerzo, con espontánea maestría; acudiendo en servicio de las ideas tal profusión y variedad de vocablos, que su propia superabundancia produce, no el defecto, sino el exceso por que puede ser censurada. De esta misma espontaneidad, poco ó nada corregida, es resultado á veces cierta indisciplina en lo que á la sintáxis pertenece; sin que se pueda achacar á la ignorancia lo que sólo es consecuencia de la precipitación y el descuido. En cambio, es verdaderamente extraordinaria la cantidad de palabras que emplea; poniendo al servicio de su pensamiento, para apoderarse del nuestro, no sólo todas las voces de uso corriente, sino muchas caídas en lamentable olvido, otras que deben considerarse como necesarios neologismos, y aun algunas de aquellas que durante la febril actividad del trabajo acuden á los labios y á la pluma de los grandes ingenios, palabras que al principio sorprenden por lo atrevidas y que á la larga quedan en el caudal del idioma para enriquecerlo y renovarlo. Exceptuados Bretón y Zorrilla, acaso no tengamos, entre los muertos, escritor contemporáneo cuyo vocabulario sea tan gráfico y tan rico como el de Castelar.

Restaurada la Monarquía volvió á España. Pudo entonces, procurando la concentración de los vencidos, persistir en la acción republicana; pero más atento al reposo público que al espíritu de partido, renunció al ideal de toda su vida. Me falta autoridad para fallar acerca de si realmente exigía su patriotismo la abdicación de su sentido político; aquí solo debo recordar su abnegación. Y no fué estéril para la patria la línea de conducta que luego se trazó, porque como dice un libro notable recientemente publicado, «nunca hubieran sido ley el jurado, el matrimonio civil, el sufragio universal, y cuanto constituye la esencia democrática de

nuestro derecho constitucional, sin Castelar que puso patria y libertad por encima de todo» (1).

El sacrificio de su popularidad en 1874 y su desinteresado proceder en 1888, son prueba de su patriotismo: en lo porvenir de ambas cosas darán testimonio las historias.

De lo que nadie se podrá formar exacta opinión leyéndola, es de su oratoria. Eran sus discursos de sencilla estructura. Casi sin exordio enunciaba las afirmaciones que pretendía demostrar: venía luego la argumentación clara y concreta, unas veces sólida hasta quedar incontrastable, otras superficial y somera; no tanto por flaquear la dialéctica cuanto por natural desorden de ideas que con su propia abundancia se perjudicaban. Después, como quien llama la experiencia en apoyo de la razón sacaba á plaza los recuerdos históricos, establecía comparaciones, acumulaba hechos que por su analogía han producido siempre idénticos resultados; y finalmente, en parte por espontáneo impulso, y en parte por artificioso recurso, hería el sentimiento esforzándose en conmover á quien no hubiera logrado persuadir. Entonces confundía maravillosamente en grandes síntesis y en imágenes deslumbradoras, lo que su pensamiento había elaborado con lo que su prodigiosa fantasía le brindaba, y á pesar de los excesos retóricos era tanta su potencia imaginativa que, cuando no por el razonamiento mismo, subyugaba con el encanto de la espléndida forma con que lo vestía. Si la elocuencia—como dice Platón—es la razón apasionada, nadie fué más elocuente que Castelar.

Mucho se le censuró aquel exceso de imaginación—de la

---

(1) Luis Morote: *La moral de la derrota*. Madrid, 1900.

cual, como del oro, maldice quien no puede gastarla—pero era tal su fuerza poética que merced á ella se apoderaba de las voluntades, unas veces por la delicadeza de las frases, otras por el extraordinario vigor de los conceptos. Yo he visto á sus adversarios iniciar el aplauso, y le he visto contener á las turbas populares y domarlas en uno de esos días en que, á modo de remordimientos vivos del alma social, salen á la calle las siniestras figuras de la desesperación y de la ira: fué el 23 de Abril; querían asaltar el Congreso para perseguir de muerte á la Comisión permanente de la Asamblea; les habló de la honra del pueblo, les dijo que eran indignas de la libertad, y las contuvo; desviando la invasión formidable como desvía el monte la corriente ensoberbecida.

Pocos españoles de estos tiempos han logrado verse en el extranjero tan comprendidos y admirados.

Llegó á ser, primero, una gloria latina, luego una gloria universal; con su amistad se honraron los políticos y literatos más insignes de Europa; en América su prestigio era grande. Cien episodios podrían referirse para probar que el mundo entero le aclamaba como defensor de la justicia y del derecho. En una insurrección húngara se pusieron en las esquinas, á modo de proclamas, trozos de uno de sus discursos; el día del entierro de Víctor Hugo, al pasar la comisión española por las calles de París, la muchedumbre aclamó el nombre de Castelar.

Madrid le enterró como si hubiera muerto en el apogeo de su gloria, porque los pueblos son locos que saben volver á la razón. Parciales y adversarios dieron á sus restos tributo de dolor, ó, por lo menos, de piedad.

No os sorprenda, señores, que aún sin haber sido en todo partidario de las ideas templadas del ciudadano insigne le

haya ensalzado tanto. Que otros se acuerden de sus errores: yo, en mi pequeñez, le considero uno de esos hombres extraordinarios que producen de tarde en tarde las naciones; no para el doloroso engrandecimiento por la guerra, sino para la realización de la justicia por la paz.

Aristócrata por su temperamento y su cultura, pero profundamente liberal por convicción y por instinto, fué la personificación del espíritu individualista y democrático de nuestro tiempo: á la libertad se lo pidió todo y todo lo esperó de ella, persuadido de que todo puede darlo. Sus consejos al pueblo están condensados en estas admirables palabras: «No te fíes de remedios que no sean tus propios derechos... Busca la justicia, y el bien se te dará por añadidura» (1).

Fué un gran patriota; y hoy que España, á manera de familia pobre sobre quien se ceba la desgracia, siente relajarse los vínculos que debiera fortificar el infortunio, nada hay que sirva de tan alto ejemplo, de tan gran consuelo, como pensar en el glorioso ausente, que si viviera nos diría: «¡No; no hay patria grande y patria chica: no se tiene más que una madre!»

---

(1) En el prólogo al libro *La cuestión social*, por D. Nilo María Fabra. Madrid, 1892.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA



SEÑORES:

El elegante y discreto discurso que acabamos de oír basta á probar el buen tino con que fué elegido D. Jacinto Octavio Picón para tomar asiento en esta Real Academia.

El núevo académico, al escribir dicho discurso, se ha apartado de la general costumbre, aunque no creo que le falten precedentes para ello, no disertando sobre determinada tesis, ni tratando de dilucidar teorías ó casos de nuestra antigua historia literaria, sino limitándose á escribir el elogio del personaje ilustre, cuyo asiento viene á ocupar, llamado por nuestros votos.

Sin duda es lícito limitarse en estos discursos de recepción á hacer el elogio del sujeto á quien se reemplaza, pero á más de ser lícito es, en mi sentir, conveniente y muy oportuno en nuestros días.

Ya por abatimiento de los ánimos, ya por estar el público hartó preocupado y distraído con dificultades y contiendas del momento, lo cierto es que en pocas épocas y en pocos países, como en la España de hoy, el desdén ó el olvido sigue tan de cerca á la muerte.

Nunca, ni durante la vida, ni en los períodos de su actividad más fecunda, el sabio y paciente investigador ó el crítico erudito y profundo puede jactarse de gran popularidad entre nosotros. Rara vez su fama, aunque la envidia no ahogue su voz con murmullos, se extiende más allá del estrecho círculo de sujetos de la misma profesión y de algunos devotos aficionados. La muerte no hace olvidar entonces, porque lo que no se aprende no se olvida.

No ocurre lo mismo con los que escriben obras de índole más popular, ya que al menos mientras las escriben y logran ponerse de moda, excitan la curiosidad y el interés de alguna parte del gran público, y puede decirse que son famosos hasta donde en España puede aspirar alguien y lograr la celebridad por la literatura.

Esta celebridad, no obstante, suele ser harto efímera. Ocasiones hay en que muere mucho antes de la muerte de quien la ha adquirido. Tal vez si su ancianidad ó sus dolencias no consienten que continúe escribiendo, la gente le sepulta en el más hondo olvido antes de que él muera y le entierren. Muerto ya, pocos vuelven á acordarse de su fama, de su mérito y de sus obras. Fácil me sería citar nombres en apoyo de mi aserto. Para demostración de su triste verdad sobra con el reconocimiento de lo poco ó nada que se leen ó se compran las obras literarias de los que recientemente murieron, y que todos hemos visto en vida aplaudidos y ensalzados como admirables poetas, ingeniosos novelistas ó críticos é historiadores sabios. De muchos no llegan á coleccionarse por completo, ni siquiera por selección, los trabajos que dieron á la prensa y que permanecen esparcidos y hundidos en el enorme cúmulo de revistas y de periódicos diarios. Y si por acaso la mano piadosa de algún ami-

gó reúne y da á la estampa los escritos del que ya murió, bien puede afirmarse que él, ó quien quiera que costee la edición, hace un mal negocio, porque la edición no se vende. No digo yo que carezca de excepción esta regla lastimosa, pero la excepción es muy rara. En suma, la honra y el provecho que por las letras pudieran y debieran adquirirse, suelen ser mezquinos y para muy pocos escritores en vida. Cuando ésta acaba, no ya cuanto pensaron y dijeron, sino hasta sus nombres suelen borrarse de la memoria de la generalidad del público, olvidadizo, desdeñoso ó distraído por cuidados de material interés ó por harto menos espirituales placeres.

No quiero yo lamentarme, ni me lamento, de la indiferencia ó de la corta estimación con que las letras son miradas, así en España como en los demás países donde se sigue hablando la lengua de Castilla. Me limito á consignar un hecho. Si llegan á cincuenta ó sesenta millones de seres humanos los que tienen nuestro idioma por idioma nativo, harto poco lisonjero es, ó para el público ó para los autores, que apenas haya libro de cuantos se han escrito en español, desde principios de este siglo hasta hoy en que casi termina, del que pueda asegurarse que se han vendido más de veinte ó de treinta mil ejemplares. Algunos casos podrán citarse de mayores éxitos de librería, pero en cambio pueden citarse miles de éxitos harto inferiores, y no ya de obras de escritores oscuros, sino de aquellos que han obtenido y merecido entre nosotros la más alta estimación y los más entusiastas aplausos.

A diversas causas puede atribuirse entre nosotros el desmedrado fruto que el cultivo de las letras produce. La afición á leer está poco difundida. El comercio de libros se

hace tan mal, que apenas hay libro español que no cueste en América tres ó cuatro veces más que cuesta en España, aunque pudiera y debiera venderse casi al mismo precio. Dentro de España, y hasta en ciudades de provincia de más de treinta mil almas, suele no haber una librería, y cuando alguien tiene el antojo de adquirir un libro, aun de los más conocidos y populares, necesita escribir á Madrid para que se le envíen.

Considerada la literatura como objeto de industria y comercio, es, pues, entre nosotros hartó menos importante de lo que debiera, por lo cual también medran poco otros oficios y menesteres, como los del fabricante de papel, del impresor y del librero, que en parte ó en todo de la literatura dependen. Pequeño mal es éste, no obstante, si se compara con otros muy grandes que provienen de la corta estimación que damos á nuestros libros: el menosprecio del propio pensamiento nacional, la admiración exagerada y sin crítica del pensamiento extranjero, y el afán de remedar sus obras, tomándolas por guía y adaptándolas, casi siempre con violencia, á nuestro peculiar carácter. Toda corriente literaria que venga de Francia penetra aquí con mayor ímpetu que en otros países, sin que la atajen y sirvan de dique los Pirineos. Así han venido sucesivamente el neoclasicismo, el romanticismo, el naturalismo, el modernismo, el decadentismo, el simbolismo y otros amaneramientos literarios, como el de estos que llaman ahora los *estetas*, que no acierto yo á explicarme en qué consisten, á no ser con vagas y algo confusas nociones.

Lejos de mí la idea de que nos aislemos ó incomuniquemos; de que para evitar el íntimo trato intelectual pongamos aduanas ó levantemos muros por el estilo de los de la

China. Las corrientes del pensamiento humano riegan y fecundan la tierra. En vez de represarlas, conviene abrirles ancho cauce, pero siempre es muy de lamentar que los manantiales de dichas corrientes broten fuera de España, y que tal vez lleguen entre nosotros ya tarde y turbios y menguados. En literatura, como en todo, hay modas de París que cuando en otros países se adoptan, es cuando en París empiezan á perder crédito entre la gente más refinada, y dan lugar á modas nuevas.

Prolijo sería mentar aquí no pocos otros inconvenientes que el desdén del pensamiento propio y de las letras patrias suele traer consigo. Citaré, con todo, como más conducente á mi propósito, el afán con que muchas personas que por su educación y por sus prendas naturales aspiran con algún fundamento á la notoriedad, á la fama y hasta á la gloria, al notar que como literatos, como eruditos, como filósofos ó como sabios, es difícil y casi imposible vencer la desdeñosa indiferencia del público, toman el camino de la política como el más llano y corto para lograr su deseo. Figurémonos un templo ó alcázar donde la fama reparte laureles, donde acaso la fortuna da á sus favoritos consideración, poder y otros bienes espléndidos. Varios caminos hay que convergen y concurren todos en el referido centro, pero como la mayor parte de estos caminos están mal cuidados, llenos de tropiezos y de estorbos con que la glacial indiferencia del público suele atajar al que va peregrinando por ellos, resulta entre nosotros un mal muy grave en mi sentir: que todo el que vale y sirve para algo se vaya por el camino de la política y deje los demás caminos abandonados y desiertos. Infero yo de aquí una afirmación enteramente contraria á otra que prevalece en el día y que verdadera-

mente me pasma. No provienen nuestras desventuras de que valgan poco nuestros políticos, sino de que se dediquen á ser políticos todos los que valen algo. Así, yendo todos por el mismo camino, hacen dificultoso el tránsito por él, y si por dicha llegan á su término, realizan muy poco que sea de general utilidad, preocupados, inquietos, con la zozobra y el empeño de defenderse contra la gran multitud que viene detrás y que anhela atropellarlos y derribarlos para pasar sobre ellos, adelantarse y llegar á la meta.

El remedio de este mal no está, por consiguiente, en que los filósofos, los mercaderes y los industriales, tomen por el camino de la política para enmendar las faltas de los muchos que van por él. Lo mejor y lo más juicioso sería, no la nueva irrupción de gente por dicho camino, sino que le abandonasen y que siguiesen otros caminos, por lo menos las cuatro quintas partes de los que van ahora por el de la política. Las ciencias, las artes, la literatura, la industria y el comercio nada pueden ganar con que acaben de abandonarlos los sujetos que valen, y con el pretexto de que los políticos son torpes, se conviertan también en políticos. En cambio, si el número de los políticos de profesión se redujese siquiera á la quinta parte de los que hay ahora, por poco que valiesen los expulsados ó los voluntariamente retraídos de aspirar al gobierno ó de poseerle, los otros oficios y menesteres ganarían bastante. ¿Quién puede calcular cuánto produciría el gasto de talento, de vigiliás y de afanes, empleado en componer discursos parlamentarios, en hallar fórmulas y en redactar programas, manifiestos, planes y proposiciones de ley, de reglamentos y de decretos, si todo se emplease en ingeniosas invenciones industriales y en desarrollar nuestro comercio y en obtener la prosperidad de nuestra agricultura?

Y por el contrario, ¿qué mayor infortunio para nosotros, suponiendo y aun dando por seguro que todavía hay mercaderes, industriales y hasta sabios que han permanecido puros é incontaminados de todo toque ó roce con la política y muy discretamente ocupados en sus negocios, si los abandonan ó descuidan y se lanzan á ser políticos también? El comercio, la industria y la agricultura, todo padecería con este abandono, y el camino de la política se llenaría de confusión, de tumulto y de alboroto, y el país obtendría menos que nunca de los que por él fuesen en constante lucha con numerosos rivales.

No debe extrañarse que se me ocurran las anteriores consideraciones al oír el justo elogio que de D. Emilio Castelar hace el nuevo académico. Sin duda contribuyó á la extraordinaria fama que Castelar obtuvo, el que su elocuencia, su imaginación, su entusiasmo y su entendimiento clarísimo, á la política se consagrasen. Si en otras circunstancias, en otro medio ambiente ó en época distinta Castelar hubiera aparecido, ¿quién sabe los triunfos que hubiera alcanzado, tal vez como apologista de la civilización y de los dogmas cristianos, tal vez inventando con larga meditación y reposo, un nuevo sistema metafísico con aplicaciones á la filosofía de la historia ó á la del arte, y tal vez escribiendo lindas novelas ó amenísimos poemas, cuando no en verso en prosa florida? Pero Castelar apareció en un país agitado por constantes disturbios, dividido en opuestos bandos y presa de tumultos y guerras civiles y tuvo que lanzarse en la arena política para hacerse oír y notar en medio de la confusión y para que su voz resonase sobrepajando el estruendo que nos traía aturdidos. De esta suerte, no sólo adquirió rápidamente envidiable notoriedad, sino

también aplausos, influjo, poder y gloria. Debe con todo tenerse en cuenta que si estos triunfos se pueden aminorar en algo como debidos á la pasión política, á la pasión política y hasta al aborrecimiento de las doctrinas que Castelar sostuvo también deben atribuirse las crueles censuras, el afectado desdén y el fingido menosprecio, con que no poca gente le ha perseguido durante su vida y con que, aun después de su muerte, pugna por obscurecer ó amenguar su fama.

No trataré yo ahora de justificarla, aplicando mi crítica á depurar los altos merecimientos en que dicha fama se funda. Bien ha cumplido ya el Sr. Picón esta tarea. Yo me limitaré sólo á hacer una reflexión tan sencilla, que no hay nadie de quien no esté al alcance, pero de la que se prescinde muy á menudo.

Pongámonos en lo peor. Seamos por un momento pesimistas y decidamos que hay en el público lamentable ignorancia y que el gusto está depravado. Y todavía será fuerza conceder que, entre los millares y millares de seres humanos que tienen mal gusto y poco saber, descuella y se levanta el que los entusiasma y hechiza y adquiere entre ellos nombradía, preponderancia, crédito, autoridad y gloria. Aun calificando la veneración de absurda idolatría, considero más absurdo y ridículamente presuntuoso el empeño de derribar un ídolo, cuando tuvo y tiene aún tantos adoradores y tantos creyentes en sus perfecciones, excelencias y hasta milagros.

No creo yo, ni pretendo hacer creer á nadie, que en todo caso y á cada instante es voz de Dios la voz del pueblo. Falible, caprichosa, apasionada será acaso esta voz en muchas ocasiones; pero, si prescindimos de lo sobrenatural y

si nos atenemos sólo á los asuntos profanos y de este bajo mundo, ¿qué criterio hay más alto que el de la pública opinión, que el de las muchedumbres, que el de las grandes mayorías? De temeridad monstruosa, de soberbia desmedida ha de calificarse el empeño de los que, considerándose excepcionalmente iluminados, reprueban lo que el vulgo aplaude y quieren que el voto de ellos valga por más que miles y miles de votos vulgares. Esta pretendida superioridad del parecer ó del fallo de algunos sabios descontentadizos y difíciles sobre el fallo de la muchedumbre á quien se supone ignorante ó ilusa, destruye, á mi ver, el fundamento en que estriba el respeto que se debe á cuantas personas por algún motivo se elevan, ya que dando al traste con el criterio en que se fundó la elevación, único criterio posible en lo humano, lo nivela todo y lo iguala, cubriéndolo con idéntico menosprecio. Prueba la exactitud de mi afirmación, cierta manía que prevalece y cunde hoy por todas partes y que consiste en asegurar el escaso ó ningún valer de los hombres políticos y la conveniencia de que otros hombres de mayor valer, que hasta hoy no han sido políticos, vengan á serlo y nos salven y nos regeneren. Increíble parece que tal idea haya podido entrar en la mente de personas de juicio en un país que durante todo el siglo presente ha sido gobernado, sin distinción de clases ni de procedencias, ya por próceres y magnates de ilustre nacimiento, ya por varones criados en muy humilde cuna, ya por absolutistas, ya por conservadores, ya por progresistas, ya por republicanos; en un país donde no hay región ni provincia que no haya tenido la satisfacción de ver en el poder á muchos hijos suyos; y en un país, por último, donde, hace medio siglo por lo menos, jamás se ha atrevido el

poder moderador á prestar su confianza á quien el pueblo no ha ensalzado y designado antes, para que dicha confianza se le otorgue, señalándole, al ocurrir cada inevitable mudanza, como el único hábil para dirigir y gobernar el Estado.

Si nadie, desde hace muchos años, ha sido muy dichoso en esta tarea ni se ha lucido desempeñándola, no lo atribuyamos á su ineptitud. Otras causas debe de haber más hondas. No hay que culpar á las doctrinas, porque se ha gobernado en nombre de todas. No hay que culpar á esta ó aquella provincia, porque de todas han venido los gobernantes, ni á las clases porque ninguna tiene entre nosotros el privilegio de gobernar, ni á un poder superior porque este poder se limitó siempre á elegir á quien designó el pueblo ó una gran parte del pueblo como cabeza ó principal adalid de parcialidad determinada.

Si fuese ciencia exacta la filosofía de la historia, los sujetos doctos y muy versados en dicha ciencia, explicarían las causas del encumbramiento, de la postración y de la caída de los imperios y hasta llegarían á pronosticar tales sucesos, como los astrónomos pronostican los eclipses, la aparición de los cometas y otros fenómenos y aspectos del cielo. Pero todavía, desde el saber teórico hasta el arte práctico va no poca distancia. Y bien pudiera acontecer que, así como el astrónomo predice el eclipse y no sabe ni puede evitarle, así el sabio filósofo político anunciando con exactitud la decadencia de una nación y hasta si se quiere las causas de la decadencia, ignore el remedio, si le hay, y no sepa ni pueda aplicarle por muy perito y diestro que sea.

De todos modos, siempre hay en todo mal algunas causas tan visibles y superficiales que el más indocto las adi-

vina. Entre estas causas deben contarse, para explicar el malestar de una nación, la inestabilidad de sus gobiernos y la perpetua lucha en que están con impacientes y violentas oposiciones, que no dejan vagar ni reposo para madurar proyectos y que hacen que toda la inteligencia y toda la energía se consuman y se pierdan en la defensa propia. Por esto si algún remedio se ve claro no es el de que acudan más hombres á la política, sino el de que muchos se separen de ella y despejen el campo. No acierto á ponderar cuánto ganaría con esto el país y los que de la política se apartasen.

Sin duda la carrera de Castelar fué brillantísima. Su admirable oratoria pasmó y cautivó á las muchedumbres así en España como en toda América y en no pocos países de Europa. Su abnegación y el noble desinterés que le hizo sacrificar la popularidad en aras del patriotismo, abjurando de sus opiniones federales, restableciendo el orden y allanando el camino á la restauración, ponen sello indeleble á su mérito y deben hacerle simpático á cuantas personas no se dejen llevar por un mezquino espíritu de partido. Pero si Castelar, en vez de ser tribuno y de llegar á jefe del Estado, hubiera sido sólo profesor en la Universidad Central, sabio elocuente en su cátedra y en la del Ateneo y escritor reposado y reflexivo, tal vez su gloria, menos estruendosa y extensa durante su vida, crecería al presente, dilatándose sin contradicción en el porvenir y por todo el mundo. Para alcanzar la gloria política menester es que el pueblo ó el ejército nos aupe. Para alcanzar la gloria literaria ó científica apenas es menester auxilio á no estimarse por auxilio el asentimiento y la admiración de las sucesivas generaciones. Ellas dan á quien lo merece imperio más vasto

y permanente que el que da el poder público. A pesar de sus prodigiosas conquistas, al morir Alejandro se desbarató su imperio, pero el imperio de su maestro el Estagirita prevaleció entero y pujante sobre las ruinas del imperio del macedón y del de Roma. A pesar de la caída de unas religiones y del nacimiento y propagación de otras, entró como elemento en la más alta sabiduría de cristianos y de musulmes y llegó triunfante de todas las oposiciones al principio de la Edad Moderna. Hasta para la plebe indocta suele ser más resonante y vividora la nombradía que se adquiere por las ciencias, letras y artes, que la que por las armas y la política se adquiere. ¿Quién gobernaba los diversos Estados de Grecia y de Italia cuando Píndaro compuso sus odas? ¿Qué reyes ó qué tiranos imperaban en Europa cuando Tomás de Aquino escribió la Suma? ¿Quién era el soberano de Polonia cuando construyó Copérnico su sistema? ¿Y quién recuerda los nombres de aquellos próceres y ministros que dirigían los asuntos públicos en la Gran Bretaña cuando descubrió Newton la gravitación universal?

Tales reflexiones y otras mil que omito, aunque acuden en tropel á mi mente, me llevarían á preferir, si empezase ahora mi vida y no estuviese ya cerca de su término, el apacible cultivo de las ciencias ó de las letras, á la agitación y á la zozobra de la vida política. Y aunque muchos hombres se dejasen llevar por esta inclinación mía, no sería de temer que la plétora de hombres de Estado que hoy padecemos se convirtiese en plétora de sabios, de prosistas y de poetas, ni sería de temer tampoco que una desmesurada producción literaria inundase el mercado. Por el contrario, más atento y más aficionado el público cada día á la literatura, y más acendrado su gusto leería y compraría los buenos

libros, de suerte que el escritor no tendría necesidad de escribir á destajo para conseguir una razonable ganancia, sino que escribiría mejor y menos. Y el que no consiguiese agradar al público, imitando el ejemplo de los que dejando la profesión política, hubiesen tomado la profesión literaria, ahorcarían los hábitos ó la toga de doctores y se harían labriegos, industriales ó mercaderes. Yo de mí, sé decir que, pensando y cavilando á menudo sobre esto, me doy á imaginar que tal vez para mí, para mi familia y para la generalidad de mis conciudadanos, hubiera sido mejor que yo hubiese cultivado, en mi lugar, los campos paternos, *ut prisca gens mortalium*, trayendo al acervo común de la riqueza nacional, no unas cuantas obrillas de mero entretenimiento que á pocos divierten y que de seguro no enseñan nada, sino aceite claro, vino generoso, exquisitas frutas, y tal vez seda excelente criada en mi propia casa, merced á las frondosas moreras de mi huerto.

De cuanto va dicho, no quiero yo que se deduzca que debamos ser descontentadizos y difíciles para los que escriben. Por mucha indulgencia que necesite yo y pida para mí, mayor es la que estoy dispuesto á conceder á los demás escritores. Mil veces lo he sostenido. El escribir, aunque se haga mal y aunque se considere como vicio, es el más inocente y el menos costoso de todos. La impericia del militar ó del político, puede causar muertes, estragos y hasta caída de repúblicas y de reinos. Un arquitecto inhábil gasta acaso millones y construye edificios que afean las ciudades y que hasta se hunden. Pero el escritor, como no falte á la moral y á la decencia, y aunque escriba á despecho de los númenes y de las musas, y aunque nada gane escribiendo, puede á muy poca costa satisfacer su pasión y hartarse de escribir.



Con tres pesetas tiene para mil cuartillas, y no las emborrará en un mes por mucho que emborrone.

No entiendo yo tampoco que, para ser escritor, sea indispensable proponerse componer sólo obras atildadísimas y perfectas, que á más de agradar al público del día lleven la marca y el sello de la inmortalidad, y nos sobrevivan y conserven en las edades venideras el nativo encanto y la inmarcesible y fresca lozanía que se supuso benévolamente que al nacer tuvieron. Basta, en mi sentir, para que un escritor quede justificado y para que sea encomiado, el que sus libros proporcionen durante algún tiempo, aunque sea breve, recreo apacible á una parte del público contemporáneo suyo.

De dos maneras principales puede entenderse la labor literaria. No todos nos atrevemos á decir como el lírico latino: *non omnis moriar, nomenque erit indelebile nostrum, exegi monumentum aere perennius*. Para erigir monumento tan persistente, á más de poseer soberanas facultades, tal vez se requiere detenido esmero, á fin de pulir, corregir y perfeccionar la obra que á la inmortalidad se destina.

Con más modesto propósito podemos dedicarnos algunos á ser escritores: con el propósito de dar abasto á la curiosidad de los que leen y de traer á sus ánimos grata diversión ó esparcimiento inocente, aunque nadie logre con dicha lectura mejorarse ó ilustrarse. Y no es de presumir que porque se escriban depriesa esta clase de libros y porque no tenga quien los escriba la pretensión de que sean inmortales, no lleguen á veces á serlo. No siempre depende el valer y la persistencia de una obra de arte del largo tiempo y del asiduo trabajo que en escribirla se emplean. Si vale traer á cuento lo poco importante, yo de mí sé decir que lo que

menos ha disgustado al público de cuanto he escrito, es lo que al escribirlo me costó menos tiempo y menos trabajo. Y pasando de lo obscuro á lo luminoso, y de lo pequeño á lo grande, lícito es afirmar que el *Quijote* brotó de la pluma de Miguel de Cervantes con mayor brevedad y con mucho menor esfuerzo que la *Galatea* ó el *Persiles*.

Las novelas y los cuentos son el género de literatura menos sujeto á reglas, con menos pretensiones también y con más capacidad para tomar por asunto ó aceptar como adorno, así los sucesos memorables de la historia, como los casos y lances de la vida privada: todo el caudal de observación acumulado por quien escribe, y cuanto éste averigua y aprende en lo escrito por otros. Como quien compone cuentos ó novelas, rara vez presume demasiado, la crítica debe ser más indulgente con él que con otros autores. Un poeta épico ó lírico, por ejemplo, tiene ó ha de tener, aspiraciones más elevadas, y la censura que en sus obras se ejerza, ha de ser más severa. La poesía, en su más alto sentido, es como la santidad, la heroicidad ó la virtud sublime. No hay premio humano con que se pague. De aquí que repugne considerar la poesía como profesión ú oficio, ó como medio de lucro. No hay poetas de profesión, como no hay de profesión héroes, santos ni virtuosos.

El novelista ó el autor de cuentos sin duda que es poeta también. Yo no sé en qué predicamento he de ponerle, si en el de los poetas no le pongo. Pero como es poeta modestísimo, llano y vulgar, cuyo principal propósito es divertir ó interesar agradablemente á sus contemporáneos con narraciones fingidas, claro espejo de la realidad pasada ó presente, aunque yo considero absurda y disparatada la profesión de poeta por todo lo alto, todavía hallo lícita y aun

provechosa y grata para el público y para quien la ejerce, la profesión del novelista ó del autor de cuentos, salvo que es muy raro el buen éxito en tal profesión, si no está dotado quien la ejerce de laboriosidad fecundísima y dichosa, y si no cunde mucho el gusto por la lectura.

Como quiera que ello sea, y aunque en la novela y en el cuento tenga mayor imperio la moda que en otros géneros literarios, por donde la popularidad del cuento y de la novela debiera ser más efímera, todavía, si pudiésemos prescindir del rico y espléndido teatro español, las más precia- das joyas de nuestra literatura serían novelas y cuentos.

Sin soberbia jactancia, y aunque no pongamos en la cuenta al Ingenioso Hidalgo, por incomparable y único, bien podemos afirmar que España, en las edades pasadas, si no ha creado nuevos y diversos géneros de novelas, ha producido los mejores modelos de muchos de esos géneros que han sido después celebrados, traducidos ó imitados en otras naciones y lenguas. Así *El Amadís*, como novela fantástica y caballeresca; *El abencerraje y la hermosa Jarifa*, como novela histórica; *Las guerras civiles de Granada*, como novela tradicional y legendaria; *La Diana*, como novela pastoral; *El Lazarillo de Tormes*, como novela picaresca y naturalista, y *La Celestina*, si vale contarla por novela, como primoroso dechado en dicho género, y germen fecundo de inspiración cómica y trágica.

Nuestro teatro, en no interrumpida serie de obras de mérito, ha persistido siempre, sin solución de continuidad, desde sus orígenes hasta el día. Nunca decayó ni se obscurió por completo. No ha tenido igual suerte la novela. El Genio que la inspira, el Genio que concedió sus prendas y favores más singulares á Miguel de Cervantes, se diría que

cañi nos abandonó durante más de un siglo y se fué á colmar de regalos á los autores de otros países y sobre todo á los de Francia é Inglaterra.

Este Genio, por dicha, me lisonjeo yo de que ha vuelto á visitarnos con amor, á consolarnos y cautivarnos con su trato, y á obsequiar con ricas preseas á algunos compatriotas nuestros, que toma por ahijados y por amigos.

Entre ellos y no de los que gozan de menor intimidad y valimiento con dicho Genio, debemos contar á la persona cuya recepción en esta Real Academia celebramos hoy.

Muy de estimar es el mérito de D. Jacinto Octavio Picón como crítico de teatros y como investigador, historiador y crítico de las artes del dibujo. Su historia de la caricatura y su libro sobre Velázquez, dan brillante testimonio de ello; pero su mérito principal, en mi sentir, es el que tiene como autor de novelas y de cuentos.

La interrupción del cultivo de la novela ó si se quiere la poca fertilidad que este género ha tenido en España por no corto tiempo, junto todo á la abundancia y al valer de los modernos novelistas franceses é ingleses, dan como resultado inevitable, sin mengua de los novelistas españoles, el que se note en todos ellos, hasta en los más castizos, el influjo extranjero. Por más que se procure reanudar ó enlazar la inspiración del día con la antigua y genuina inspiración, siempre para llegar hasta ella, tenemos que pasar por cima de lo que en este género se ha escrito en Francia, en Inglaterra y en otras naciones, lo cual no puede menos de contar en el desenvolvimiento progresivo de un arte ó en sus evoluciones y mudanzas, inevitables aunque el progreso se niegue.

Inevitable es, pues, en la moderna novela española, algo

que recuerda cuando lo leemos, ya á Gualtero Scott, ya á Alejandro Dumas, ya á Eugenio Sue, ya á Balzac, ya á Zola y á otros escritores novísimos. Una perfecta originalidad, en todo, ora individual, ora nacional, es punto menos que irrealizable. Quien va por un camino por donde han pasado antes muchos otros viajeros, emplea, ó por mayor comodidad ó forzosamente, iguales medios de locomoción é idénticas artes para allanar tropiezos y evitar peligros, y para ganarse la voluntad y lisonjear el gusto de las personas que halla á su paso. En suma, y desechando rodeos y símiles, es evidente que, hasta en la más castiza de las novelas españolas del día, se ve y no puede menos de verse el precedente extranjero: pero esto no es defecto ni mengua, sino condición inevitable. No hay nación alguna cuyo florecimiento literario no se deba en parte á semillas extrañas ó á lo ingerto ó transplantado de distinta región ó de distinto clima. La habilidad consiste en transformar lo exótico, en asimilarlo con nuestra propia substancia y en fundirlo y combinarlo tan estrechamente con lo que es todo nuestro que salga de la combinación un producto nuevo del todo.

Sólo en este sentido son *afrancesadas* las novelas de Picón; pero ¿de cuál otra de nuestras modernas novelas no puede afirmarse lo mismo? En este sentido, *afrancesadas* son, pongamos por caso, las excelentes comedias de Moratin, y si no *afrancesada* muy *italianizada* es nuestra mejor poesía lírica del siglo xvi y del brillantísimo período que empieza á mediados del siglo xviii y termina con el primer tercio del siglo presente, si en cierto modo no dura todavía el influjo italiano, merced á Foscolo, á Manzoni y á Leopardi.

Lo que más importa, para ser original, es que los caracteres, las pasiones, los afectos, los usos y las costumbres y los lances y sucesos de la vida, no se estudien por libros escritos en otros países, sino que inmediata y directamente se estudien en la naturaleza, en la tierra y en el mismo seno de la sociedad en que vivimos, revistiendo luego el acumulado tesoro de la observación propia, al ordenarle para que el público se deleite y le admire, con los colores y galas de nuestra fantasía y con la marca singular y privativa de nuestro estilo.

Así no vacilo yo en calificar de original toda la obra de nuestro nuevo compañero. La sinceridad y la espontánea franqueza con que escribe, hacen que dicha originalidad aparezca sin velo. En libros de la índole de los que él compone, no gusto yo de que haya tesis, de que se propenda á demostrar algo; pero es tal la libertad y la amplitud de tales libros, que caben y penetran en ellos al correr de la pluma, las opiniones, las dudas, la amistad y el aborrecimiento, y en una palabra, toda la creencia y toda la ciencia poca ó mucha del que dice lo que siente y piensa, sin disimulo ni sigilo.

Bien podemos no estar de acuerdo con los sentimientos y con las ideas de quien escribe de dicha suerte, pero á quien ama el arte por el arte, siempre le serán simpáticos tan franco modo de escribir y quien le emplea en lo que escribe, poniendo en ello toda su alma.

Sobre cualidad tan estimable ¿quién negará el talento y las nada comunes condiciones de novelista que en las obras de Picón se descubren? Su estilo sencillo, sin carecer de elegancia, corre afluente y rico, sin la menor sospecha de violencia ó fatiga.

Sus descripciones, acaso pequen de harto minuciosas. No hay traje, ni mueble, ni joya, ni objeto de arte, ni producto de la naturaleza ó de la industria que él no nos pinte con accidentes y pormenores; pero tal es la moda del día. Además de la moda, la inclinación de nuestro autor le induce á ello. Y por cierto la inclinación es fundadísima, porque en dichas descripciones nuestro autor se luce. A mí, si bien no gusto de ellas demasiado, me maravillan la exactitud, la claridad y la distinción con que él lo ve y lo copia todo de lo real y lo conoce y lo designa con los nombres adecuados y marcando los atributos, defectos ó perfecciones de cada cosa.

No menos perspicaz que para observar lo exterior es nuestro novelista, cuando retrata lo íntimo de las almas, penetra en el centro de ellas y analiza los afectos y las ideas que las mueven.

En la antigüedad clásica, la descripción, así de lo psicológico y latente, como de lo visible y tangible, entraba por poco en la narración de los sucesos fingidos, donde todo era acción ó por lo menos palabra de los héroes, y en la palabra ó en la acción iban generalmente inclusas las descripciones. No describe Homero el escudo de Aquiles, sino que á nuestra vista enciende las fraguas, derrite el oro, el bronce y los demás metales, pone el martillo en la diestra y las tenazas en la mano izquierda del dios y hace que fabrique el escudo y que al compás que le va fabricando le vayamos viendo. Pero en fin, las cosas son hoy de otra manera, y para mi gusto hoy son también agradables y atinadas. Y aunque no lo fuesen, siempre tendríamos que conformarnos y no censurar, ya que el arte refinado de hoy no puede ser como el arte primitivo ó de épocas remotas.

En los caracteres de las novelas de Picón hay á menudo

mucha verdad. Aunque propende á ser *realista*, ya que no *naturalista*, Picón se levanta á veces, arrebatado por el entusiasmo poético, y hermosea y magnifica con rasgos y proporciones ideales á los seres humanos que de la misma realidad cree haber copiado fielmente.

En lo mejor de su vida aún, Picón, al venir entre nosotros, trae consigo muy abundante y sazonado fruto de su fértil ingenio. Testimonio de su mucha inventiva y de la discreción con que forja y ordena asuntos y planes, dan *Lázaro*, *Juan Vulgar*, *La hijastra del amor*, *La honrada*, *El enemigo*, *Dulce y sabrosa* y multitud de novelas cortas y de cuentos amenos.

Entre cuantos personajes figuran en tan diversos cuadros y acciones, ninguno, á mi ver, está retratado con más verdad, descollando al mismo tiempo por su grandeza, que el que no pocas personas apasionadas miran con horror como caricatura ó calumniosa imagen. Picón es por cierto vehementemente parcial del liberalismo moderno y acérrimo contrario de la teocracia. No debemos exigirle que reniegue de sus opiniones y que no sea quien es, sino otro. Y siendo él quien es, y siéndolo con entusiasmo, no ha de aplaudir doctrinas opuestas en todo á las que él sigue y ama. A éstas casi sin querer las impugna. Tal vez las denigra más de lo justo. Pero el personaje que tiene profunda fe en ellas, que con desinterés y devoción se pone á su servicio y que está dispuesto á arrostrar todo peligro y á sacrificarse por su triunfo, sin que la vanidad, la ambición y la codicia le estimulen, aunque sea tremendo, funestísimo y rudo personaje, posee como Picón le concibe y le pinta, nobleza, elevación moral y dignidad trágica y sublime. Así es el clérigo don Tirso, protagonista de la novela *El enemigo*. ¿Qué más

hubiera podido desear el Pretendiente que tener en sus filas á muchos clérigos tan valerosos, tan entusiastas y tan desinteresados y austeros como el que Picón nos retrata? No hay en la misma novela, ni en las demás del autor, más importante y mejor trazada figura de hombre. El seductor de *Dulce y sabrosa* es un sér insignificante á pesar de su perversidad, harto común por desgracia. Más perverso aún es el mal marido de *La honrada*. Pero las dos figuras de hombres más vivas, más reales y mejor trazadas en todas las obras de Picón, después de la del clérigo D. Tirso, son Juan Vulgar y D. Manuel en la novelita titulada *El peor consejero*. El egoísmo, la vanidad y la presunción de D. Manuel están descritos magistralmente en el progreso de la acción que termina con el merecido castigo del vanidoso y egoísta. Y Juan Vulgar, egoísta y presumido también, aunque más candoroso é inocente, da ocasión á lances y recibe desengaños, fina y delicadamente cómicos, sin charrerías ni bufonadas.

En general, puede afirmarse que Picón, en los retratos de hombres, es, como Velázquez, poco idealista y muy realista. Diríase que todo su idealismo le emplea en sus retratos de mujeres. Picón es tan *ginaeceptaenos* como Juan de Espinosa y como todos los que antes y después han disertado en laude de las mujeres. Sin duda, para ser buen novelista, así como para ser poeta y caballero andante, es indispensable condición la de enamorado, ya de actualidad, ya de recuerdo, ya platónico y continente, ya de otra clase. Ello es que el amor ó dígase la unión afectuosa de la mujer y del hombre es el principal y perpetuo asunto de toda narración deleitable; es fuente que jamás se agota y de donde cada cual saca algo diverso en sabor, colorido y perfume;

según la amplitud y la forma del vaso en que recoge la bebida inspiradora.

Picón se complace y esmera en la pintura de sus mujeres; atenúa ó disculpa sus faltas; y cuando no absuelve, explica sus extravíos ó los declara punto menos que ineludibles echando la culpa de ellos á los hombres. La constancia y la paciencia de Cristeta son ejemplares, pasmosas y dignas de mejor empleo que el que les da ella para atraer á su Don Juan ordinario y desalmado. Plácida, es mártir de su brutal marido y sigue siendo casi santa hasta que sucumbe y peca por razones y motivos que la indultan, si no la absuelven. Clara, la hijastra del amor, es tan apasionada, es tan inocente, es tan tierna, y la suerte es tan injusta y tan sin piedad en su daño, que se hace simpática hasta para el lector más severo, y todo se le perdona, menos la inverosímil distracción y la inexplicable ceguedad con que no advierte los burdos engaños de su miserable galán. La mujer de Juan Vulgar es un modelo de perfectas casadas. Para conservar y acrecentar el amor de su marido, llega al extremo de leer la tragedia que él estaba componiendo, ó más bien de empezar á leerla, ya que fatigada por aquella faena se duerme sin poder remediarlo.

En suma, y sin entrar en un detenido examen que fatigaría á mi ilustrado y benévolo auditorio, yo me atrevo á sostener que las novelas y cuentos de Picón, sin ofender á Dios ni perjudicar al prójimo, deleitan ó interesan con su lectura y son y deben ser grato pasatiempo y solaz para todo sujeto culto. Los hay que á las novelas prefieren los cuentos, ingeniosos y ligeros todos, desenfadados y alegres algunos de ellos, aunque siempre velada su desenvoltura en las pleguerías del más recatado aticismo. Lo que es yo reparto por

igual el lauro entre cuentos y novelas, sin acertar á decidir dónde brillan más la inventiva del autor y el primor y la facilidad de su estilo. Por tales dotes aplicadas á producir la amenidad y la belleza, sin que se rebajen ó deslustren por ponerse al servicio de doctrinas que con razón pueda condenar nadie, el escritor que va á tomar ahora asiento entre nosotros, tendrá á mi ver muy distinguido lugar en la historia literaria de España durante el siglo xix. Y como el Sr. Picón es joven todavía y el vigor y la actividad de su espíritu ganan y se perfeccionan por la madurez y la experiencia que traen los años, de suponer es y aun de esperar razonablemente, que sus nuevas obras figuren aún con mayor brillantez entre las del siglo que va á empezar pronto, y en el cual, aleccionada España por los infortunios que su interna agitación le ha causado, aunará sin duda sus energías en paz y en atinado concierto, saldrá de su postración y volverá á florecer y á resplandecer en todo como en su edad más gloriosa.



